

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Viajeros europeos por la Extremadura del siglo XV.....	<i>E. Segura Covarsi.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Sorapán de Rieros.</i>
Oración del enfermo.....	<i>Jesús Delgado.</i>
Del pasado próximo cacereño: Los toros frente al socialismo (1907).....	<i>Miguel Muñoz de San Pedro.</i>
Arco iris guadalupano.....	<i>Julio Cienfuegos Linares.</i>
El talismán perdido.....	<i>Adolfo Maillo.</i>
La última corrida (Cuento).....	<i>Eloy Soriano, Pbro.</i>
Para ella.....	<i>Claudio Casares Sanguino.</i>
La vida madrileña a finales del siglo XIX (II)...	<i>Eduardo H. Pacheco.</i>
Breviario del día.....	<i>Tomás Riego Blanco.</i>
Pintores españoles: Tres cuadros del «Greco».	<i>Antonio López Martínez.</i>
Canción.....	<i>M. Gutiérrez de la Fuente.</i>
De arte: «Carta abierta a un pintor galardonado».....	<i>E. Pérez Comendador.</i>
Cualquier día de esta semana (Conclusión)....	<i>Manuel Arce.</i>
Díptico.....	<i>Miguel Borrachero.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Necrológica: Angel Marina.....	<i>Curio O'Xillo.</i>
Mirador: Crónica.....	<i>José de la Peña.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera.....	<i>C. R.</i>
Noticia de Revistas.....	
Bibliografía.....	
Láminas.....	

Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Javier, Ediciones Arribas y Garrarena.



ALCANTARA



AÑO VI

31 AGOSTO 1950

NÚM. 34

VIAJEROS EUROPEOS POR LA EXTREMADURA DEL SIGLO XV

SE viaja por muchos motivos; pero se persigue siempre una finalidad. El viaje se hace oficio y medio de existencia o puro placer espiritual. De uno a otro extremo, se extiende un inmenso arco-iris de matices viajeros. El paisaje se sufre o se goza, se pisa o se contempla, se olvida o se recrea. Hay viajeros que caminan siempre sin saber por dónde y los hay que son encarnación del paisaje admirado.

El paisaje aunque siempre está adornado de sus elementos inmutables, experimenta, en el devenir histórico, variadas interpretaciones. Es acertada la frase de que un paisaje nace con la luz de cada día y muere con ella; pero no es menos cierto que un trozo de naturaleza se hace paisaje por virtud de una mirada humana iluminada por una ideología, por una forma total de ver y de sentir. La postura del hombre ante el paisaje está condicionada a su circunstancia, por ello cada época ha tenido su paisaje: renacentista, barroco, neoclásico o romántico, y en definitiva siempre es clásico, razonado y medido—marco escenográfico—, o romántico apasionado e individual.

Nuestros viajeros—de rancia estirpe germánica—se mueven impulsados por los ideales de su época.

Un caballero de Suavia llamado Jorge de Eindhoven, que debió nacer hacia el año 1427 y estuvo en España treinta años después, relata sus aventuras que parecen ficciones de un libro de caballería.

Comienza nuestro viajero su narración contemplando su genealogía desde Burchardo de Eindhoven, el de la Trenza, llamado así, porque viviendo en Austria, una señora se cortó lo más preciado de su persona, la magnífica trenza que adornaba su figura y se la entregó a Burchardo como recuerdo, y correspondiendo a tal honor nuestro hidalgo creó la Orden de caballería de la Trenza.

Los ideales caballerescos tenían entonces una realidad en qué aplicarse: la defensa de la religión en lucha con la media luna. Bur-

chardo, ariete encendido con ánimo de pelea, situado en el centro de Europa, irradió su actividad hacia oriente para tomar parte en la guerra santa contra los turcos y hacia Occidente contra los mahometanos que todavía ocupaban el confín meridional de nuestra Península.

Jorge, descendiente del caballero de la Trenza, sigue las inclinaciones y deseos de su antepasado. Residía en Francia cuando le llegaron noticias de la guerra que preparaba Enrique IV de Castilla contra los moros granadinos, y, lleno de ilusiones, se encaminó hacia nuestra Patria para tomar parte en aquella Cruzada. Llegó tarde para luchar en España, pues se habían concertado treguas entre ambos bandos, lo que no fué obstáculo para seguir hacia la corte lusitana que movía guerra a los de Africa. Allí descansó en la lucha el espíritu bélico de nuestro viajero. Reemprendida la guerra por Enrique IV, nuestro caballero tomó parte en ella y se distinguió en la conquista de Jimena, en donde fué herido.

Es lástima que este paladín que recorrió España y Portugal con su airosa figura y clásicos atavíos—zapatos adornados con lazos de puntas largas y torcidas, con calzas y jubón que encubrían armadura de ballenas y rehenchido, con túnica corta, cofia negra y sombrero de piel de castor, con daga a la cintura y cadena de oro al cuello—no nos hable de Extremadura.

Pocos años más tarde, un deudo suyo, el barón de Rosmithal de Blatna vino a España con el propósito de conocer sus costumbres y estudiar la disciplina militar que se practicaba en cada uno de sus países. De la narración de este viaje hay dos relaciones, ambas escritas por personas que formaban en su séquito. El autor de una de ellas es un criado, quizás su secretario, llamado Schascheck, quien habla siempre con gran respeto de su señor, y hasta con humildad; le llama constantemente «el señor». El original de esta relación se perdió, mas conservamos la traducción latina escrita por el canónigo de Olmutz Estanislao Paulowski e impresa en 1577.

La otra relación es de Gabriel Tetzl, Patricio de Nuremberg quien también acompañó a León de Rosmithal en su visita a España.

Estos viajeros se mueven impulsados por los ideales de su época, por eso sus narraciones nos parecen maravillosas leyendas sacadas de un libro de caballería; pero en realidad no hay ficción cuando nos describen espantosas selvas pobladas de animales feroces y desproporcionados, que no se enseñan en ninguna Zoología. ¿Qué importa que nos hablen de descomunales alimañas adornadas imaginativamente, de escorpiones como gatos, culebras voladoras y gigantescos lagartos tan grandes como perros? En realidad en la Sierra de Tua, en tierra portuguesa, sabemos que había una variada fauna, como camaleones que se movían con tal rapidez semejando voladores. Son aquellos tiempos de singulares características: se imagina lo que no se vé; la fantasía acrece lo que contemplamos, mas también se vive lo increíble. La pasión mueve a los hombres, y la vida es reflejo de esos ideales. ¿Cómo si no explicarnos lo que en sí sintetiza

el Paso honroso de D. Suero de Quiñones en la Puente de Orbigo? ¿Cómo comprender las leyendas de Macías, el enamorado, o de D. Enrique de Villena? ¿Cómo explicarse nuestras andanzas maríneas—catalanas y aragonesas—por el Oriente e infinidad de viajes de españoles, como el realizado a la corte del Gran Tamorlán?

Nuestros visitantes representan el panorama espiritual del siglo XV. León de Rosmithal de Blatna pasa por Extremadura y de su estancia tenemos noticias por conducto de dos de sus más destacados acompañantes.

Por Ciudad Rodrigo salía, de España a Portugal en donde estuvo varios meses, y en una de sus salidas de tierras portuguesas, camino de Estremoz, llegó a Elvas: «No entramos en Elvas—nos dice—sino después de haber prestado juramento». Era una época de gran interés histórico henchida de luchas intestinas: el rey de Castilla había sido depuesto en Avila y Don Alfonso, su hermano, encendía una sangrienta guerra civil. El desgraciado e ilustre Príncipe de Viana había muerto, como sospechan algunos historiadores, por las malas artes de la ambiciosa Doña Juana Enríquez, madre de Fernando el Católico. La lucha de agramonteses y beamonteses estaba en su mayor auge. Los historiadores Palencia y Enríquez del Castillo nos pintan un bello paisaje espiritual e histórico de la época.

Siempre en las ciudades se temía una sorpresa y aún más, cuando la numerosa comitiva del barón de Rosmithal, era de gentes bien armadas... No debe extrañarnos que la ciudad de Elvas exigiese juramento a los viajeros para rebasar sus muros. Otra vez en Segovia, para entrar en el Alcázar, tuvieron que prometer, entre otras cosas, el que sólo cinco caballeros pudieran estar al mismo tiempo dentro del edificio.

De Elvas llegan a Badajoz, cuya situación precisa: «De Elvas hay tres millas a Badajoz, que es una ciudad y castillo situados en una altura, bañados por el Guadiana (antes llamado Anas) y que está en la misma raya de Portugal». No se detiene Schascheck en describirnos el paisaje de esta hermosa veга. Schascheck es secretario de su señor y como tal con la obligación de escribir un diario que será breve y poco recreativo; cuenta las jornadas y las millas con cierto cansancio; escribe obligatoriamente. Continúa su cómputo de lugares y distancias: «dista cinco leguas de *Lobao* (Lobón), lugar situado en un cerro rodeado de campiñas y que baña también el Guadiana». Sigue la veга de este río insensiblemente, con la parsimonia con que corren sus aguas. Le pesan las cuatro millas que separan este pueblecito de la ciudad de Mérida.

A Mérida le dedica un elogio inexpresivo y sus referencias históricas carecen de precisión: «Mérida es una ciudad arruinada, situada en un valle, la destruyeron en otro tiempo los romanos y parece que era tan grande que puede compararse a las mayores que nosotros habíamos visto. Roma la asoló y reedificó varias veces». Pero dejemos este desabrido relato y a este viajero tan insensible a las ruinas emeritenses, reflejo de una época de imperio y riquezas y muestra de la mejor arquitectura clásica.

Con visos menos reales pero con mayor lujo de fantasía, el caballero Tetzl, el otro compañero de viaje de León de Rosmihal nos habla de la destrucción de Mérida con la sencillez y verosimilitud con que caballerosamente se vivía entonces. Su relato,—lo histórico aparece velado por el empuje de su ardorosa imaginación—es la más delicada síntesis de un libro de caballería. Hubo en Roma—nos dice Tetzl—en cierto tiempo tal mortandad que casi nadie quedó con vida: vivía, entonces, en la ciudad un romano de recia estirpe, el más poderoso de Roma, con una hermosa hija; huyó de la muerte a la ciudad de Mérida y allí aposentó a la doncella, de sólo doce años, rodeada de muchos bienes y una brillante corte. Después de vivir un año en esta ciudad, ya no quiso volver a Roma y construyó un suntuoso palacio. El amor vino a perturbar el sosiego de tan linda doncella, pues varios reyes poderosos, por sus múltiples encantos pretendieronla, mas ella desdeñó a todos porque era muy prudente y tenía consejeros muy sabios. Poseía también un ardiente corazón de romana trasplantada a Extremadura y entre los reyes había uno, el más hermoso y más sabio de toda la cristiandad con quien entabló secretamente relaciones amorosas. Un día lo vio cabalgar por la ciudad y su amor creció entonces sobremedida. Se lo confesó a su padre quien consintió su matrimonio, pero era ella tan prudente—el amor está reñido con esta persona (La Prudencia) tan sesuda, de gran humanidad y gruesas antiparras—que temiendo por la vida de su predilecto caballero ante la envidia de sus rivales, decidió—muy siglo XV—realizar un concurso más original aún que el de Guillermo Tell.

Había una fuente tres millas distante de Mérida y propuso la hermosa joven que quien trajese la fuente a su palacio y dentro de él la hiciese brotar sería su esposo. ¡Tanta seguridad tenía y daba el amor en la destreza y sabiduría de su elegido! Un temible enemigo surgió como competidor del caballero cristiano. De raza le viene al galgo y al moro ser perito en realizar artificios con el agua. El rival sarraceno mucho se afanaba en la traída de la fuente. El rey cristiano adelantó en su trabajo al moro, nada menos que media milla, mas cuando terminaron llevó la ventaja el infiel porque el agua traída por su traza brotó antes en la regia morada.

La doncella, que contemplaba desde la almenada muralla del Palacio las incidencias de la competición, tan pronto vió saltar el agua como por encanto de la fuente que había llevado el mahometano, cayó muerta desde las almenas. La versión que llegó a su padre, residente en Roma, fué distinta: la muerte de la doncella se la imputaron a los emeritenses. Los romanos atacaron Mérida y los habitantes de la ciudad salieron a su encuentro. Decretó el Todopoderoso que no pudieran avistarse ambos bandos. Prosiguieron pues los romanos adelante, sin tropiezo y destruyeron Mérida.

Leyenda es ésta urdida con los más delicados hilos de fantasía. Tan tenue que leyenda e Historia caminan, también, como aquellos ejércitos, sin encontrarse.

Pero sigamos la narración del Secretario del Barón de Rosmihal

quien, a veces, deja de ver con ojos miopes y contempla algunos planos del paisaje. No permanece insensible ante los campos, entonces, áridos de esta parte de Extremadura: «Saliendo de Mérida se camina durante cinco leguas por yerros en que sólo hay anís y poleo. De Mérida a Medellín hay cinco millas». ¡Qué perezoso es nuestro caminante, no le pesa el tiempo pero cómo le agobia la distancia! «Esta ciudad está señoreada por un castillo no muy grande y está cercada por todas partes de llanuras, menos por un lado en que hay un monte en cuya cima se ve la fortaleza y el lugar se extiende por sus faldas. Medellín dista seis millas de Madrigallego (Madrigálego) que es un lugar situado en llano; el camino va por en medio de selvas amenísimas en que abundan varias especies de animales y entre ellos, ciervos, gamos y otros. En este lugar hay unos magníficos edificios que aventajan a los demás que lo forman y que pertenecen a cierto Monasterio del que después hablaremos; suelen posar en ellos caballeros que pagan su gasto y tienen unas caballerizas en que caben más de cien caballos, porque esta hospedería es casi regia. De Madrigallego a Guadalupe hay ocho millas...»

Hablábamos al comienzo de estas líneas de la finalidad que se persigue siempre en todo viaje. No hay duda que en la voluntad de nuestro huésped, el Barón de Rosmihal tuvo enorme influencia el sentimiento religioso, y asegura que su venida a España se debió principalmente al deseo de ir a Compostela para hacer la romería de Santiago. Sin duda por eso Schascheck se detiene, aunque con escaso criterio en la descripción de Guadalupe. Tetzl, cuyo relato fué hecho algunos años después del viaje, siendo padre de familia, a sus hijos y criados, recordando lo que en España había visto y su fantasía imaginado, es menos verídico, huidizo de la Historia, amenizando con observaciones inverosímiles y sencillas leyendas; lo que le presta singular atractivo.

Schascheck señala la existencia en Guadalupe de su Monasterio «situado entre altos montes, siendo muy altos y difíciles los caminos que a él llevan». Se extraña de la afluencia de peregrinos al santuario de la Virgen de las Villuercas. «Es fama que en ninguna región de la cristiandad suele haber tan gran concurso, de gentes como aquí, por devoción y piedad». Tetzl es más explícito y nos hablará de los exvotos de los cautivos en tierras de moros, depositados como ofrenda ante la Virgen: «Durante todo el año hay una continua y grande peregrinación a este santuario, y se ven allí en la iglesia muchos hierros que han llevado los cautivos de los moros. Figúrase que el hierro transportado aquí por los prisioneros, no podría ser llevado ni por doscientos carros».

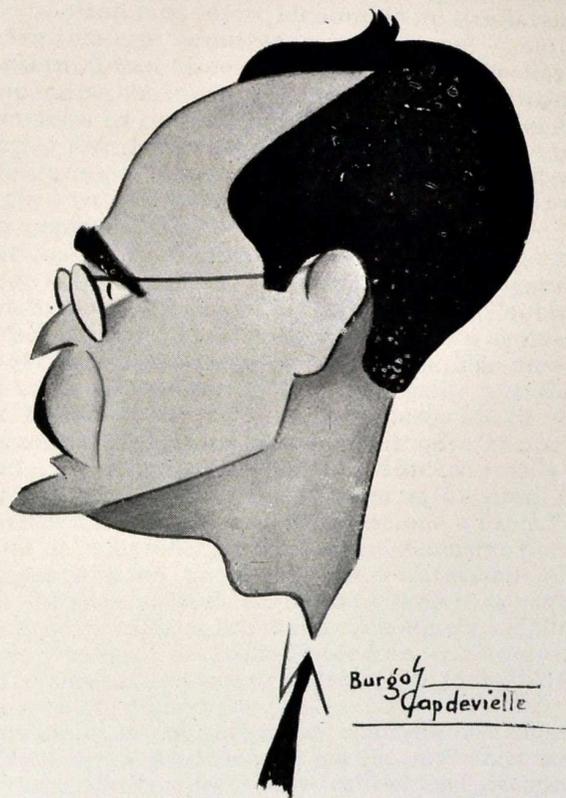
Pero cómo sentimos que estos extranjeros no sean más explícitos ante el paisaje de la serranía de Guadalupe. Apenas lo aluden con unos adjetivos aislados, «montañas horriblemente desiertas» o «altos montes con caminos ásperos y difíciles». El mismo Micer Andrea Navagiero, embajador veneciano cerca de Carlos V en su *Viaje por España* casi no nos da sensación de este paisaje, aunque amante del agua cristalina—recordemos su descripción de Granada

rezumando agua del Genil y el Darro—señala algunos rasgos más precisos: «Guadalupe es un castillo situado en medio de un valle fértil y abundante de agua... El edificio está muy bien labrado y tiene dos grandes bodegas, una para toneles y otra para tinajas; tiene hermosísimos jardines poblados de naranjos y cidros, como los hay en todo el valle, y un abundante manantial que surte al Monasterio y los jardines y luego a todo el castillo». A pesar de estos pequeños detalles, tan sabrosos, nos falta el sentimiento total del paisaje. Encontramos una gran diferencia con la descripción que de ellos nos hace por entonces Fr. Gabriel de Talavera; mira los montes que circundan al Monasterio por el noroeste, a manera de media luna; por el Oriente y Mediodía descubre más el cielo y el paisaje, y en torno al santuario lo ciñen huertas, granjas y alquerías con olorosos membrillos, duraznos, granados, higueras, perales, manzanos, ciruelos, morales, laureles, y palmas triunfadoras, crecidos robles, gruesos loros, verdes olivos y altísimos álamos entrelazados con trepadoras parras. No faltan los limoneros, naranjos, cidros, zamboas, camuesos, albérchigos, quejigos, nogales, enebros, adornados sus troncos de prolíferas hiedras. Todo ello alegraba la vista de Fr. Gabriel de Talavera.

Quizá en estas descripciones notemos la falta de contrastes. El paisaje descrito resulta muy renacentista—escenográfico—, de fina idealización. Allí podríamos ver a la dulce Flérida de D. Duardos. Faltan las tintas ásperas de la serranía. El paisaje es muy recortado. Haría falta subir a las montañas que rodean al Monasterio y enfrentarse con las resinosas jaras, las madroñeras, los lentiscos y zarzales, hollar el terreno palmo a palmo, salirse hasta de los caminos de herradura y batir en plan montero esas espesas manchas para después fundir en un apretado haz ese paisaje de huerta y de serranía.

Schascheck, es aún hombre medieval y no olvida en su relato el milagro de la fundación del Monasterio: «Unos pastores encontraron apacentando sus ganados, una imagen de la Virgen en el sitio en que está el Monasterio, la cual se conserva, y la vimos *el señor* y cuantos con él íbamos». Gil Cordero, el vaquero de Cáceres, nos es bien conocido, así como su hallazgo, por la Historia de Guadalupe de Fr. Gabriel de Talavera; pero nuestro secretario es crédulo y amante de leyendas y apoyándose en el testimonio de los frailes del Monasterio y en sus anales, nos ofrece otro relato legendario que nos cautiva por su delicadeza: «Según los frailes, se refiere también en los anales del Monasterio que cuando éste empezó a fundarse se apareció la Madre de Dios a los trabajadores en forma de doncella, suministrándoles las piedras».

Pero aun Tetzl tiene en su memoria más narraciones legendarias referentes a la forma en que el Monasterio adquirió sus riquezas. Resultaría difícil encontrar una versión semejante en cualquier obra histórica y sobre todo no sería tan amena como la que nos cuenta nuestro caballero. «En cierto tiempo sucedió allí un gran milagro. Un rey de Castilla acometió el Claustro, cercólo con todas sus fuerzas y quiso apoderarse de sus tesoros, de su plata y sus bienes».



GALERÍA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Miguel Bcrrachero

Castigólos en aquel momento Dios y su Santa Madre, cegándole a él y a cuantos le acompañaban. Conoció entonces el rey que era ordenado por Dios y suplicóle, así como a la Virgen, que devolviese la vista a todos, que él en cambio daría al Monasterio cuanto hubiera en torno del mismo en una extensión de diez millas alemanas. En el instante de ofrecer su voto recobraron todos la vista; así ha llegado a ser tan rico este convento».

Alaba, también, Tetzl la devoción de los monjes de Guadalupe siempre ocupados en sus misas y en el coro. «En sus asientos en la iglesia, en las mesas en donde comen y en sus lechos, se ve escrito: *tu has de morir*. Así pues, siempre, ya canten en el coro, estén acostados o levantados, tienen que pensar asiduamente en esto y en guardar su regla y ocurre que se ven algunos que cuando reflexionan en ella, lloran copiosamente.

Nos da noticias muy completas de la costumbre que hay de socorrer a los que enferman en el Monasterio y de la organización de este hospital situado en el claustro. Cuando un Rey, noble, caballero, escudero, pobre o rico, enferma, es admitido en él y tiene según su estado, su servidumbre: escudero y doncella, dos médicos jurados, botica, y todo con arreglo a su enfermedad; a su disposición tiene médicos, botica y cocina como quizás no pudiera tener en su propia casa. Cuando el enfermo sana se le devuelve lo que depositó en la enfermería; si carece de recursos se le socorre y nada tiene que pagar, pero si muere lo que deja queda para el hospital. Confirma todas estas manifestaciones con el hecho de que un señor de la comitiva, Buriano de Schamberg tuvo allí que detenerse por enfermedad, y sus amigos tuvieron que continuar el viaje hacia la corte del rey de Aragón. Cuando sanó de su dolencia volvió a su patria en donde se hizo pregonero de la humanidad de aquellos frailes y de la forma esmerada y solícita de cómo le curaron y cuidaron durante su estancia en el santuario y en su regreso por toda España hasta que alcanzó la frontera francesa.

No nos detenemos en enumerar las riquezas que señalan en el Monasterio y su distinta procedencia, porque no ofrece interés y a veces estas noticias son erróneas. Fray Gabriel de Talavera bebe en mejores fuentes y carece su relato de inexactitudes históricas.

Un elemento del paisaje que todos los autores coinciden en señalar en torno y aun en el mismo Monasterio, es el agua: «el mismo Convento tiene treinta y dos caños de agua, que no he visto más en ningún Monasterio». Andrea Navaggero siguiendo la corriente del Tajo y pasando el puerto de *Rebata Capas*—que cita en su viaje—se preocupa del caudal de los ríos. En su relato por Extremadura, saliendo de Guadalupe, dice que visitó *Venta de la Laguna* y el *Rincón*, lugar de los monjes del Santuario, después marchó a *Azcedera* y de allí a *Campanario* vadeando el Guadiana dividido en cinco brazos, cruza después el *Susa* «que es río bastante grande». continúa a *Quintana*, *Higuera* y *Campillo* y entre estos dos últimos señala al Guadamés «riachuelo de poca agua y que se seca, cuyas orillas están llenas de *herio*...» Después va a *Berlanga* pasando dos

torrentes «el uno llamado *Matoche* (Matachel) y el otro *Arroyo Culebras*» y ya camino de Guadalcañal se adentra en tierras sevillanas.

Lamentamos que Extremadura sólo fuera para Andrea Navaggero tierra de paso, de jornadas rápidas, en su viaje de Toledo a Sevilla en pos de la Emperatriz, la Infanta Isabel de Portugal.

Navaggero, fino espíritu renacentista huye de las leyendas y no se detiene a referir milagros, pero ante Extremadura prescinde de sus dotes descriptivas, de delicado paisajista, reservándolos para la tierra andaluza, Granada y Sevilla.

Los otros viajeros, nos defraudan un poco ante el paisaje, mas sus relaciones reflejan con singular exactitud la ideología del siglo XV.

E. SEGURA COVARSI



IDEARIO EXTREMEÑO

Digo pues, que nadie aura que no entienda de quanto momento, y pesso sea para la conseruación de la salud, la virtud de la prudencia, pues anda siempre acompañada del dichoso, y glorioso coro de las demás virtudes...

Siendo pues esto assi, no ay duda sino que la prudencia nos podrá apartar de muchas ocasiones, y peligros de enfermedades, en los quales cada día vemos que el in prudente necio, como torpe, y falto se dexa caer, de los quales, el prudente y auisado se podrá guardar pues le acompaña siempre la inquisición dela verdad, la meditación del ánimo, la vieueza del entendimiento, y la elección de lo bueno, con mucho estudio. y ciencia, las quales cosas todas le amonestan, y aconsejan al prudente, que nunca se confie de su parecer, si en el no vienen estos requisitos.

SORAPÁN DE RIBEROS

ORACION DEL ENFERMO

A Arturo Benet.

¡Señor! ¡Dios mío! Tengo miedo
y no me colma tu esperanza,
me sujeto cobardemente
a la tierra que nos separa;

acorralado por la vida
entre la pared y la espada,
en las vigiliyas y en los sueños,
en tu misterio que me lllaga.

Ya sé que un día moriremos
que tú si quieres nos alcanzas
en todo instante, tienes manos
llenas de luz que nos abrazan.

Tiempo sobra para sentarnos
eternamente cara a cara,
deja en suspenso
esa tu voz que me reclama.

Mira el paisaje de mi vida
donde miserias atenazan.
Palpa este campo que me espera
y escucha atento mis palabras.

Todos los días son iguales
y son iguales nuestras ansias,
pero no importa, yo deseo
ir tramo a tramo por tu escala.

Ir recordando con amigos,
gritar del tiempo sobre canas,
ver cómo crece mi familia,
sentir amor bajo mis alas.

Espera un poco, partiremos,
espera un poco que mañana...
Que yo, Dios mío, solo pido
un rato más en la jornada.

JESÚS DELGADO